

29



Demetrio

Ayuntamiento de Madrid.
—Chica, Marita es una falsa, que a cada una le hace una cara.
—¡Como que yo le llamo el Lon Chaney de las amigas!

Dib. DEMETRIO.—Madrid.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

Unión Postal.

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: Manzanera. Independencia,	856.
Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. - MADRID. - Apartado 12.142

Los famosos

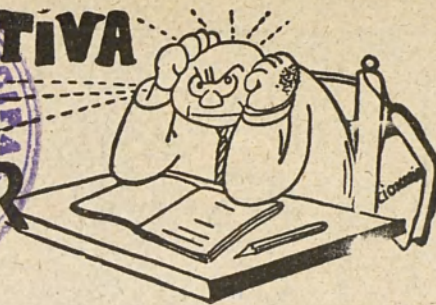
polvos insecticidas

LEYER Y COMP.^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos



SECCION RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

37.—Aunque es muy difícil lo que pide.

H
NOTA VIOL NOTA
RECURSOS
1000 X 1000
GUSTO NOTA

38.—Los seminaristas van a paseo.

INDICES

I I

39.—Vive de las rentas.

PYA a

COMERCIO

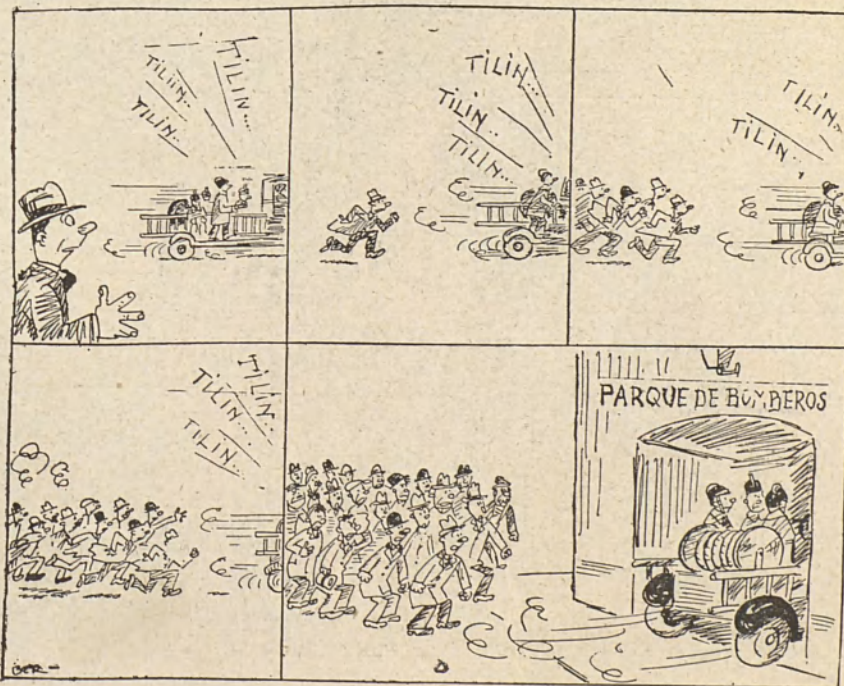
ALBERTO Pulseras de pedida
7 CARRETAS, 7

40.—Ahora tampoco puede andar.

El Sol y el viento
Lucifer
TIENTO O 1000

41.—Como vea mal la cosa.

VOLUMEN
501 500
MADRID
YO



CURIOSIDAD BURLADA

Dib. SONDAGSNISSE-STRIX.

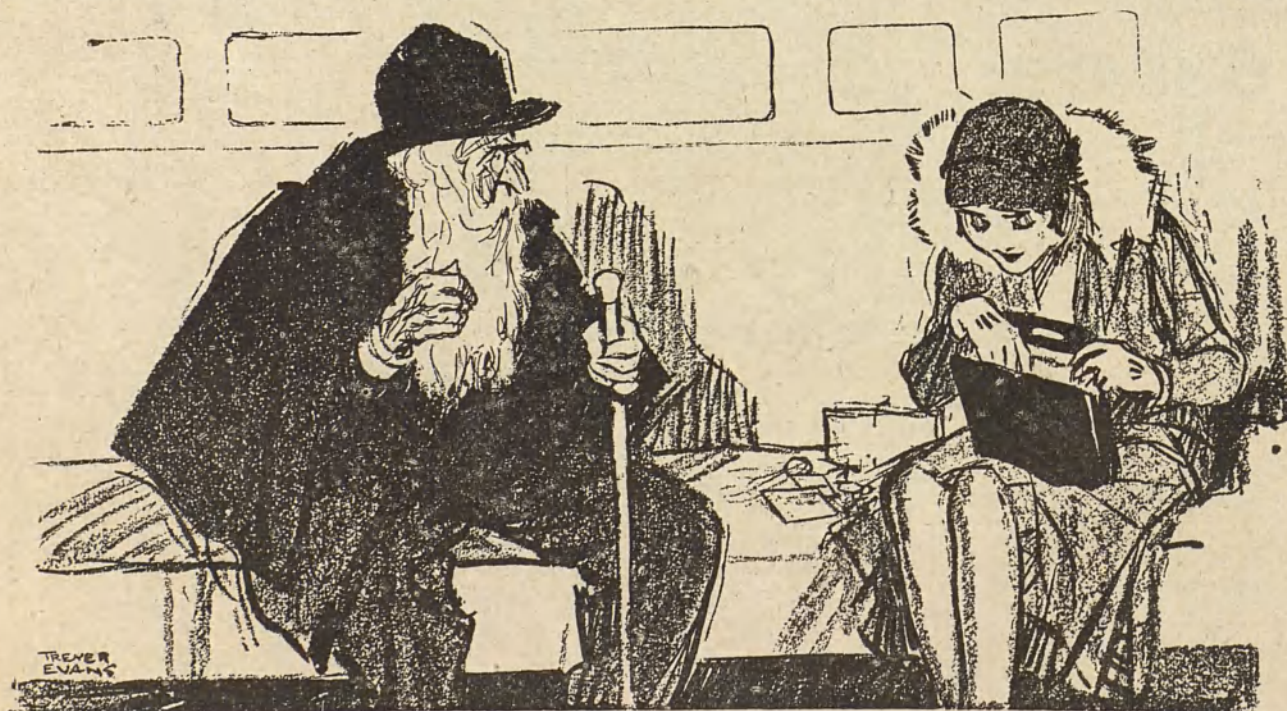
3 minutos ¡no más!

y su cara cambia por completo

Afeítese
RAPIDAMENTE
y **BIEN**
con

**CREMA DE AFEITAR
VARON DANDY!!**

Perfumería Parena BADALONA



El viejo.—¿Qué ha perdido usted, señorita?

La joven.—La barrita para los labios.

El viejo.—¿De veras? Supongo que no pensará usted que yo la he cogido.

(De The Humorist.)

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS



N Polonia, cuando una muchacha soltera está manca y un joven romántico se enamora de ella, el galante amador no comete la tontería de pedir su mano.

La que suele pedirla a veces y a veces es ella, sin que, como es lógico, consiga nada por mucho que grite.

Los sacerdotes austriacos llevan las coronas en los bolsillos y las coronillas en las cabezas.

El "récord" de la alimentación ha sido batido por un formidable y rubicundo alemán de Francfort el mes pasado.

El buen señor se comió sin respirar, o respirando muy poco, seiscientos metros de longaniza blanca. Excusado es decir que le dieron una ovación, y no le dieron la oreja porque se la habría comido de la misma manera.

Y excusado es decir que, al día siguiente, el alemán adquiría en una tienda "ad hoc" novecientos doce kilómetros de papel de seda. Y excusado es insistir en el triste papel del papelito. Y ustedes perdonen los tres excusados que les he largado, pero no crean ustedes que son muchos, dado el caso que se debate.

Si lo que hicieron Adán y Eva en el Paraíso lo hubiesen hecho en las butacas les habría resultado mucho más cómodo.

El primer hombre de importancia que interesó a "Chelito" cuando ésta ya

era mayor de edad, fué Don Fernando VII.

Empezó a gastar "paletot" tres años después de interesarla.

Cenar opíparamente en el Hotel Ritz la noche del 24 de diciembre, se llama hacerse la Nochebuena.

Pagar el importe de la comida, es hacerse la Pascua.

Los artículos de don Eugenio d'Ors, para ser absolutamente catastróficos, no necesitaban más que un pequeño detalle:



Dib. SILENO.—Madrid.

Que viviese Wágner y les pusiera música.

¡Mano de santo para la neuralgia, como ustedes habrán comprendido!...

En Calcuta, y con motivo de la huelga ferroviaria, los trenes han llegado con retraso.

En España, y aun sin haber huelga, hay trenes que no han llegado todavía, hasta el extremo de que se han perdido ya tres o cuatro, y no se sabe dónde están.

La bondad y la maldad son cosas absolutamente circunstanciales.

El jabalí es atrozmente malo en el campo, y, en cambio, es buenísimo en casa de "Lhardy" y con galantina.

Recientemente ha sido encontrado en unos archivos el siguiente pensamiento, con la firma auténtica de San Emerenciano de Capadocia:

"Si te atizan una bofetada, pon humildemente el otro carrillo, como aconsejó el Señor... Pero si en el otro carrillo te atizan la segunda, como no se ha dicho nada para el caso en que esto ocurra, yo creo que debes liarle a guantazo limpio con tu agresor. ¡Bueno es no buscar cuestiones, pero no tanto que hagamos el primo!..."

La cosa es de una sensatez eclesiástica que maree.

El único pueblo de la tierra donde no hay nadie que diga "haiga" es La Haya.

Hay bastante gente que no sabe que el ilustre y fallecido señor Nobel (el "gachó" que dejó el dinero para ese premio que se vienen repartiendo todos los sabios y

artistas del mundo, desde el suntuoso Marconi hasta el modesto Benavente) fué el inventor de la simpática y acreditada dinamita.

Y esto explica suficientemente que "Bombita" no fuera premiado, a pesar de ser la figura española más eminente en la época en que se empezó a dar ese premio a diestro y siniestro.

Es decir, a "diestro" no, puesto que no se lo dieron a él.

* * *

En Sebastopol se ha fundado una sociedad de mujeres guapísimas, con el exclusivo objeto de no casarse con nadie.

Pero yo creo que eso no debe causarnos impresión a nosotros, porque aquí tenemos al general Berenguer, el cual también está decidido a no casarse con nadie, como puede verse en la "Gaceta" todos los días.

* * *

El conocidísimo coronel revolucionario nicaragüense don Crótido Zapata y Zapata era honradísimo; y de una pobreza tan extrema, que se asegura que no tenía botas.

Pero, en cambio, tenía un par de "Zapatitas", y váyase lo uno por lo otro.

* * *

Entre las más famosas erratas que se han deslizado en todas las imprentas del mundo, figura en primera línea la que se le escapó a un periódico manchego hablando de la genial artista Loreto Prado y de su infatigable compañero y maestro de esgrima Enrique Chicote.

El periódico, ante el descomunal asombro de sus lectores, se permitió decir que se preparaba el "début" de la compañía de Chicote y de Lorito.

* * *

El suicidio más interesante que recordamos en nuestra larga y profusa vida humorística, es el de un profesor de inglés que se ahorcó en la rama de un árbol de la Moncloa.

Y lo recordamos porque en él se dió el peregrino caso de que el profesor, después de muerto, continuó enseñando la lengua, como si no quisiera faltar a su obligación.

* * *

La policía más secreta que se conoce es la de la República de Liberia.

Funciona de noche y en las calles donde no hay alumbrado, y la forman veinticinco negros cimarrones completamente en cueros.

¡Ocioso es decir que no los puede ver ni su distinguido padre; y si esto

no es una policía secreta, que venga Dios y lo vea..., ya que es el único que podría ver una cosa así!

* * *

Un humilde pescador, que acaba de fallecer en Holanda, ha dispuesto en su testamento que el bote que él utilizaba para su oficio se lo den de su parte a un compañero, sin formalidad legal ninguna, pero después de su entierro.

Nos ha parecido sorprendente (y por eso lo hacemos constar) que en Holanda haya un difunto que, después de ser enterrado, dé un bote y lo dé sin formalidad.

¡Esto es lo que se llama un muerto zaragatero, y lo demás son tonterías!

* * *

Sostienen muchísimos críticos de gran autoridad, que los judíos no son amigos de la música.

Es de suponer que no dirán lo mismo de las judías.

Porque sería una calumnía innmerceda y nauseabunda.

* * *

El telégrafo nos comunica el fallecimiento, celebrado con gran pompa (naturalmente que queremos decir con gran pompa fúnebre), en la inmediata población de Tokio, del punzonoso militar japonés Hatajiró Susita, gran amigo de España y encarnizado admirador de BUEN HUMOR. Bizarro guerrero, perdió un brazo en la batalla del Yalu, dos piernas en la toma de Mukden, una nariz en el combate de Liao-Yang y un ojo en el cuarto asalto a Port-Arthur. En la guerra con los chinos, una granada le quemó la región glútea; y en el frente belga, durante la guerra europea, un casco de obús le encendió el pelo.

Quizás por eso los periódicos japoneses, donde leemos la noticia de su muerte, hacen constar que quien ahora se ha muerto no era Hatajiró Susita.

Se ha muerto lo poco que quedaba de Hatajiró Susita; es decir: un ojo, un brazo, una calva, una boca sonriente y un estómago montado al aire. Total, nada.

No obstante, lo sentimos. Era un hombre a quien queríamos, y nuestra mecanógrafa estaba loca por sus pedazos...

¡Descanse en paz!



—Le aconsejo que fume mientras trabaja; así seguramente adelgazará.

—¡Imposible! Soy buzo.

Dib. Muñoz.—Madrid.

ERNESTO POLO



—Chico, siento así como si tuviera la boca llena de granos.
—Claro, hombre, ¿no ves que hemos comido arroz?

Dib. SAMA.—Madrid.

Con el alma en un hilo

Doña Paz Santonja
muerta de miedo está, y esto se explica,
pues la han dicho en la lonja
que Paz, su cocinera, es *bolchevica*.
No se nota que lo es precisamente
ni en su nariz saliente,
ni en su pelo, rival del azabache,
ni en que suele abusar del aguardiente,
ni en que le falta un diente
ni en que tuvo que ver con un *apache*...

Lo que hace Paz García
es estar todo el día
recibiendo recados misteriosos,
viendo el sitio en que están depositados
los objetos que juzga más valiosos;
leyendo algo de choques y de cheques
con una compañera
que dice, a su manera,
en vez de bolcheviques, bolchiveques...
En resumen: no duerme doña Paca
desde que a Paz García
le ha dado por pasarse todo el día
clavándole un cuchillo a una butaca
con la más *tapicera* sangre fría...
para irse acostumbrando... Será bueno
lo que hace; mas con ánimo sereno
no puede doña Paca, anciana y rica,

tener más una chacha bolchevica,
anárquica y soviética,
clorótica o atlética,
que el día designado
para el *desaguisado*
la pueda despojar de su fortuna
y, como de propina,
la saque las entrañas una a una
y fritas, a las mozas y a las viejas,
se las venda la indina
lo mismo que si fuesen gallinejas.
En fin, bueno será que doña Paca,
si el tenerla en su hogar le mortifica,
me traspase, ya sea gorda o flaca,
esa fámula, injerta en bolchevica.
Tenerla junto a mí no me hará mella;
y si esto, ¡vive Dios!, se pone feo,
me escudaré con ella
cuando pise el soviet mi patria bella
y *escomience* el brutal bolcheviqueo.
No hay temor, en mi hogar, de que me quite
caudal que no he juntado...
y, en cambio, si quererme se permite,
¡quizás con su influencia un día evite
que me haga picadillo algún malvado!

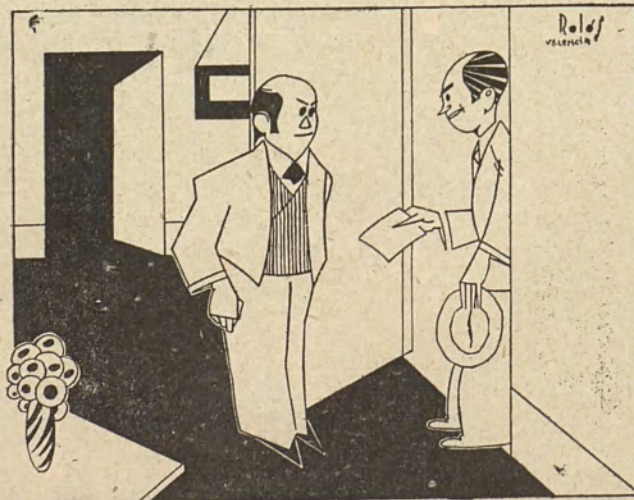
JUAN PEREZ ZUÑIGA



—Señor cura, el médico le pasa a usted el recibo de la cura.

—Pues le dices que entre marido y mujer no valen cuentas.

Dib. SÁNCHEZ YÁÑEZ.—Málaga.



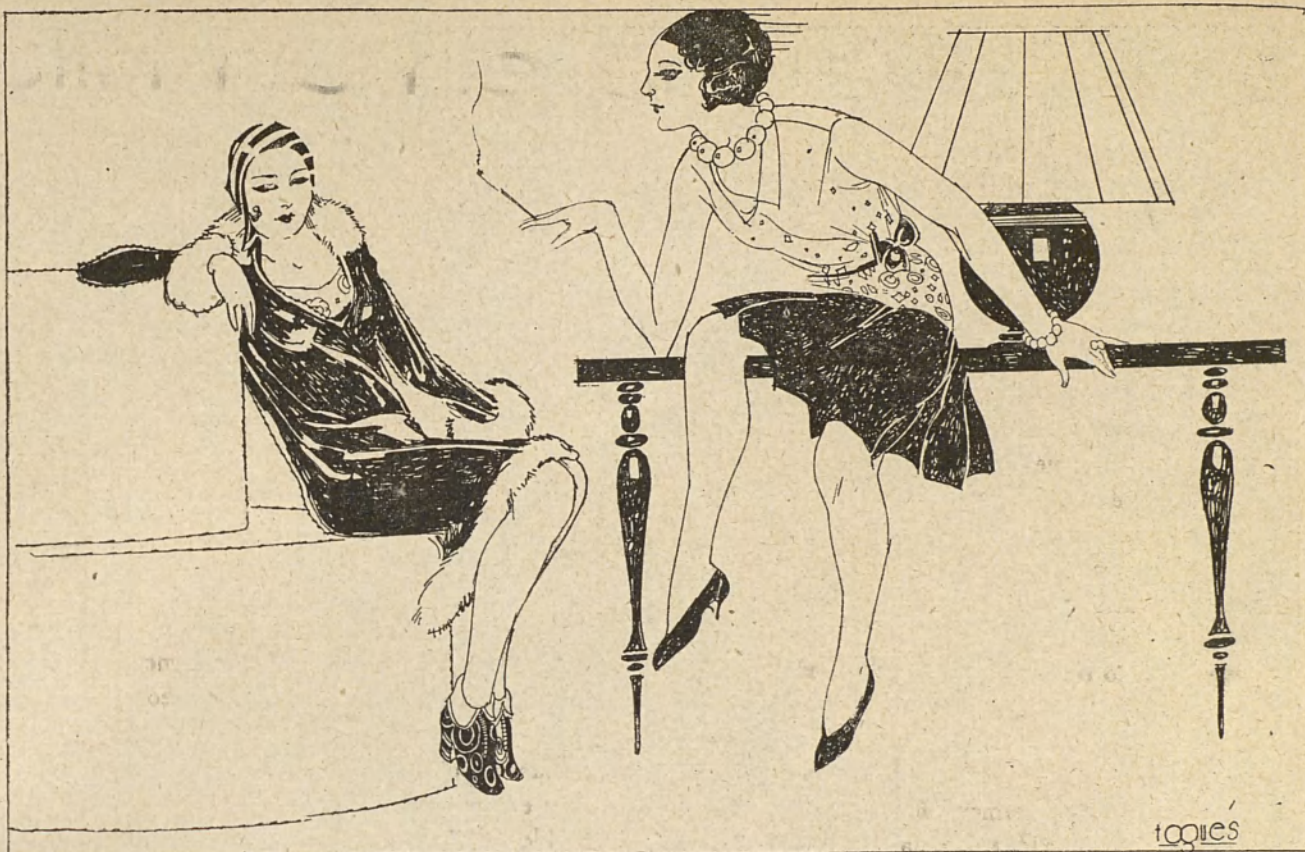
—Buenos días. La cuenta del zapatero.

—El señor no está en casa.

—Si lo acabo de ver en el balcón.

—Pero es que él también lo ha visto a usted.

Dib. ROLOS.—Valencia.



—Y ¿cómo te ha dejado tu novio?

—Por una pequeña equivocación. Figúrate que le dije que tenía diez coches y una sola hermana.

—¡Y qué! ¿Se ha enterado que tienes diez hermanas y un solo coche?

Dib. Fogués.—Valencia.

La vida sin amor es una birria

El amor es, en la vida de los hombres y en la de algunas pobres mujeres, tan necesario como la alimentación cotidiana. Más aún; algunas personas de gustos sibaríticos, ante la morrocotudez del amor, lo prefieren a cualquier otro sentimiento, por elevado que sea.

Como consecuencia de este aserto, el hombre incapaz de sentir el amor es un ser abyecto y corrompido, cuya vida abstrusa es tan incolora, inodora e insípida, como dicen que es el agua potable.

No sólo de pan y manteca vive el hombre; también ha de conceder algo a la parte anímica, para diferenciarse de los "maitres d'hoteles", que no piensan más que en la comida.

Porque viste usted, bebe usted, co-

me usted, y todo opíparamente, ¿y qué? Si con eso se conforma, es un hombre vulgar, digno de la más compasiva lástima, porque no conoce de la vida más que la parte animal, que está al alcance de cualquier funcionario público.

Pero ama usted, y entonces los cielos y la tierra le sonríen, todo es júbilo en nuestro corazón, se alegra uno de haber nacido, y nos parecen bellos los dramas de Ardván; y es que el amor es una cosa muy bonita, que tiene el poder de iluminar a la veneciana nuestro interior, por oscuro que sea.

El hombre enamorado se pone hasta guapo, porque el amor es como si nos diéramos un masaje facial: la nariz se agriega, los ojos se rasgan,

la mirada se apicara, la boca se achica y adquiere un rictus en forma de o, que nos agracia una barbaridad.

Los prodigios del amor son inenarrables; ya se sabe que a los listos los vuelve tontos, y a éstos les embrutece de una manera absoluta.

No se tiene para comer, y ahitos nos halla el hambre; va usted con un trapito atrás y otro delante, y abrigo de pieles parece que se lleva; bebemos agua en un botijo, y nos sabe a Chipre en copa de oro chapeado a la antigua; se habita en un quinto piso, y nos parece un bajo de ópera; y así sucesivamente.

Yo por eso casi siempre estoy enamorado, y cuando me pica el amor, voy por las calles saltando, subo a los tranvías en marcha, me apeo a



—¿Y de qué medio se ha valido para efectuar el robo?

—¡De éste, señor juez!

Dib ALLOZA.—Zaragoza.

pie juntillas, a los transeúntes doy dinero que pido a los amigos, me limpió las botas tres o cuatro veces al día, y voy a casa del óptico a probarme gafas de color de rosa.

En cambio, conozco a un señor que el pobre hace esfuerzos inauditos para enamorarse, y no puede. Ha tenido quince o veinte novias de todas edades, categorías y tamaños, y nada, como si hablara con la Cibeles; no prende en su corazón el fuego del amor, y el infeliz está triste y amarrado como piloto sin barco, y va por las calles suspirando y haciendo caso de la circulación, de aburrido que se ve.

Zorrilla le indigna, Ortas le exaspera, Bonafé le irrita la garganta. Va con amigos y les entristece de tal

modo que sólo pueden ver el Salón de Humoristas para llorar a moco tendido.

El amor es un sentimiento del género común de dos; no puede ser individualista ni vanguardista. Generalmente se desarrolla entre las clases elevadas; las clases pasivas son ajenas a estas morbosidades; en la clase media se dan casos, pero muy benignos; entre la gente del pueblo son terribles los enamoramientos, y hay muchos casos que van seguidos de muerte violenta. En los poetas toma aspecto de delirio y les da por decir tonterías y, lo que es peor, escribirlas. El amor no se pega, pero hay

quien se pega por el amor, y aunque esto parece una paradoja, no lo es, si bien se mira, porque el amor realmente contagioso no lo es; se sabe, sí, de casos en que el roce engendra cariño, pero es como el oxígeno, que engendra óxidos, según dicen, por una acción puramente física. Hay que decir que el roce antes citado es un roce afectuoso, y que no es necesario que las personas se froten como pajuelas para obtener ese resultado.

Muchos creen, erróneamente, que el amor necesita ser correspondido para que tenga todo su valor intrínseco, y aunque esto sea conveniente, no es absolutamente necesario, porque se ha demostrado que se puede estar enamorado "per se", o sea en estado latente amoroso, sin irradiaciones, y también entonces se es feliz, porque el amor tiene la virtud de inocularnos un optimismo pueril de excéntrico musical.

En un estudio acerca del amor, sus derivados y sustitutos, un sabio dice: "Todo en amor es triste; mas triste y todo, es lo mejor que existe". Bien claro se ve que, a pesar de las tristezas que menciona el autor, considera al amor como la cosa más rica que existe.

Y de las tristezas que dice, habría mucho que hablar, pues no sabemos porqué ha de ser todo triste en amor. Ya la historia anota y comenta los amores trágicos, que son de todos conocidos: Hero y Leandro, Dafnis y Cloe, Loreto y Chicote, etc., etc. Pero las demás personas enamoradas son más alegres que andaluz con botas, salvo—repetimos—los poetas y hasta los intelectuales, que son desgraciados porque no son comprendidos los pobres. Pero no hay que hacer caso de estos seres superiores que viven una vida espiritual y son unos románticos que llevan una quimera en la frente y en la mano un sable desvainado.

Colofón: Demostrado queda de una manera incontrovertible que el amor es un artículo de primera necesidad, pero no se vaya a creer que es algo así como un chorizo extremeño, no; artículo de primera necesidad para el espíritu, y, claro, las personas cultas son las más propicias a sentir los efectos del amor puro.

Hacemos esta aclaración para evitarnos reclamaciones de algún idiota. Nosotros tratamos del amor como un sentimiento dulce como el azúcar; pero, en otro sentido, deben consultar con un especialista.

VICENTE PEREZ PASCUAL

Moribundos corteses

En la grata tertulia del café Imperio, donde todas las tardes nos congregábamos unos cuantos amigos, se abordan y discuten, con especial acierto, los temas de mayor actualidad.

Imposible, pues, dejáramos silenciado el del "atropello", cada hora que pasa más repetido e indignante.

Uno de nuestros contertulios, don Juan Iribayen, observador agudo, espíritu inquieto y avisado, nos ofreció ayer tarde esta extraña teoría, perfectamente en relación con el asunto que con tanto ardor debatíamos:

—Señores—nos dijo—permítanme que les exponga mis personales observaciones, especie de notas marginales al hecho que discuten, y que evidencian la causa fundamental del hondo disgusto que me produce el conocimiento de cualquier atropello.

—Aceptarán ustedes—continuó—el principio de que los seres humanos estamos obligados a realizar labor educadora en todos los momentos de nuestra vida. Aceptado el principio con la misma generosidad que yo acepto el café que uno de ustedes va a tener la bondad de pagarme, entro ya, decididamente en materia, sin otros prolegómenos.

Ya no se limitan los automóviles, mis buenos amigos, a cazar a esos infelices peatones que distraídamente deambulan por las calzadas o por sus aceras. Ahora penetran en los establecimientos por los escaparates y aplastan a los honrados dependientes que trabajan al otro lado del mostrador... Evidentemente cierto... Pero es muy sensible para la sociedad, casi tan sensible como el hecho mismo, que las personas vilmente atropelladas, perdiendo la serenidad, empleen en sus últimos instantes un lenguaje, cuando no pueril, incorrecto y desusado. El que se halla a punto de morir, bien bajo las ruedas de un automóvil, bien porque su enemigo haya tenido el acierto de incrustarle una bala en el bazo, no debe lamentarse de su infortunio con frases groseras e insultantes. Seamos útiles a la sociedad hasta en esos segundos que anteceden a la muerte y procedamos en cualquier ocasión, por grave que sea, con corrección y gentileza.

El atropellado por un camión no debe, pues, gritar cuando las ruedas le hayan ya seccionado las dos piernas:

—¡Canalla!... ¡Bandido!... ¡Criminal!...

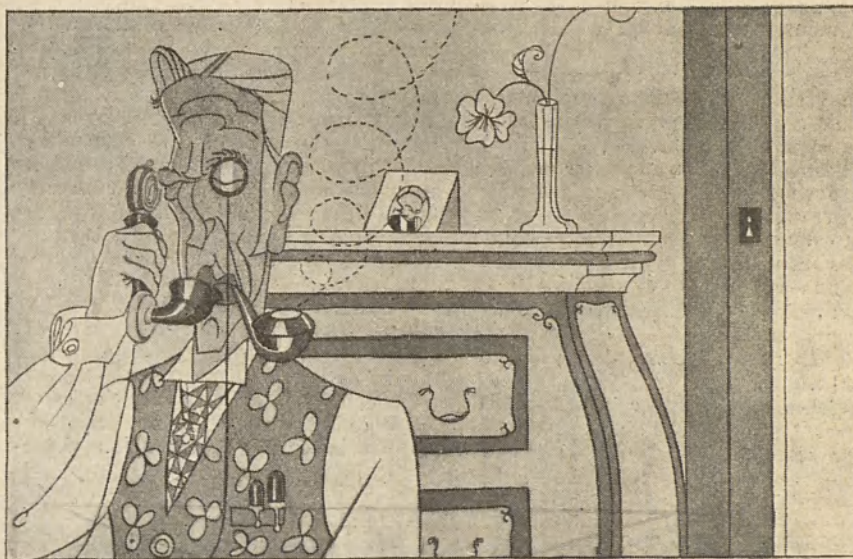
Y expirar entre el espanto de las gentes que lo contemplan empavo-

recidas gimoteando inútilmente en el centro de un gran charco de sangre... Puesto que le es imprescindible fallecer, alivie él mismo la situación de

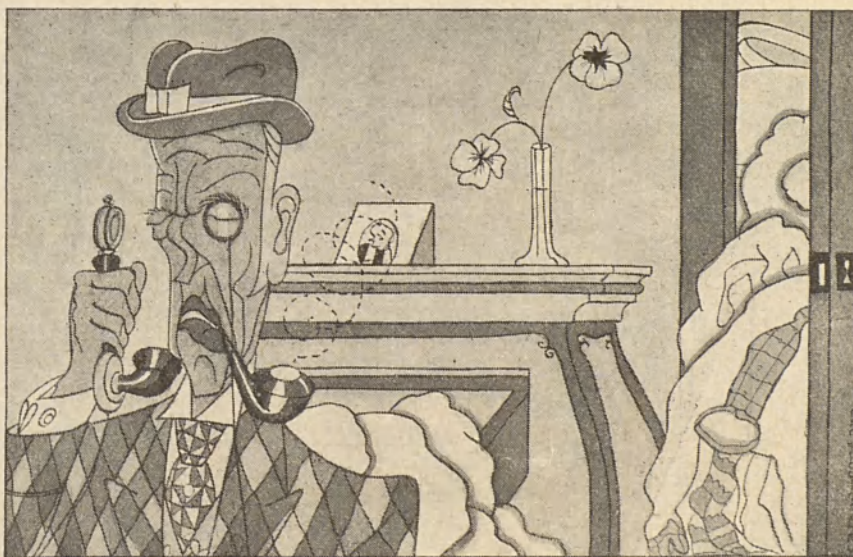
horror de los presentes, repórtese y exclame:

—¡Chofer!... Tenga la bondad de cubrirme con una harpillera... Evite-

EL FAMOSO DETECTIVE



1.—El teléfono: Acabo de tener noticia de un crimen que aparece envuelto en el más impenetrable misterio. Venga usted en seguida para descubrir a los autores.



2.—El teléfono: ¿Cómo tarda usted tanto? ¿Qué le pasa? El famoso detective.—¡Calle usted, por Dios! Hace media hora que estoy buscando mi sombrero.

Dib. CASTRO SORIANO.—Zaragoza.

mos este desagradable espectáculo...

El hombre a quien le han clavado un cuchillo de cocina en el duodeno no debe gritar:

—¡Ese de la chalina roja me ha matado! ¡Cobarde! ¡Asesino! ¡Ladrón!

Y luego de unos traspies vacilantes ir a caer, por ejemplo sobre un desventurado niño, aplastándolo...

Es más humano, más prudente decir:

—Señores: hagan el favor de apartarse un poco... Necesito caer inmediatamente sobre cualquiera de estas losas...

¿Pues y el que prorrumpe en alaridos y emprende carreras que obligan a huir a las gentes aterrorizadas?... ¡Oh, es intolerable!...

El otro día un tranvía atropelló a un joven cercenándole una pierna y un brazo. No sé cómo, pero es lo cierto que pudo levantarse y dando saltos con la pierna intacta y renqueando emprendió el camino de la Puerta del Sol, dando voces como un energúmeno.

—¡Salvajes!... ¡Bestias!... ¡Troglo-ditas!...

Y fué a morir junto a la entrada del Metro. Aquella noche se quedaron sin cenar setecientas personas. La visión

de un hombre saltando con las extremidades machacadas, colgantes y sanguinolentas no les era posible apartarla de sus mentes. ¿Para qué todo esto, señores?

Ese desventurado joven no debió levantarse nunca, y si sentía la imprescindible necesidad de balbucir algunas palabras, al percibir los gritos desgarrantes de las señoras que se accidentaban apiñadas en las plataformas del tranvía que lo alcanzó, debió exclamar:

—No se preocupen de mí... Acudan inmediatamente a las señoras... En un bolsillo de mi americana hallarán un frasco con sales...

Apuró nuestro amigo Trabayen de un sorbo el resto del café y terminó:

—Pienso emprender una campaña enérgica en la prensa para educar a las multitudes con este fin.

Es posible que pronto se adviertan los resultados de mi altruista y generosa obra...

—Señores, buenas tardes...

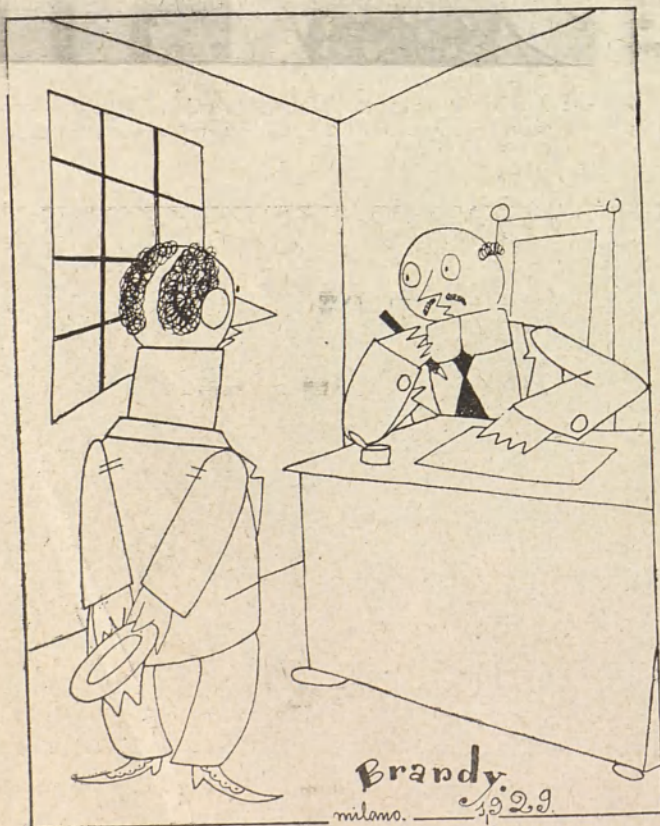
Anoche leímos esta noticia en el capítulo de sucesos de un periódico: "En la casa en reparación núme-

OROCREMA ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
REBELLECE LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



—Si no trae su acta de nacimiento no le podremos depachar su asunto.
—Pero ¿duda usted que yo haya nacido?

Dib. BRANDY.—Milano.

ro 228 de la calle de San Mateo ha ocurrido esta mañana un sensible accidente.

Pasaba un pobre bajo las obras sobre las once y principió a cantar con voz áspera y chillona. El albañil Romualdo Quiroga, que trabajaba sobre un andamio en el segundo piso, le echó una moneda de diez céntimos para que se marchara; mas el pobre, interpretando el donativo como aprobación a sus desdichadas condiciones, siguió cantando. Quiroga le lanzó otros diez céntimos, y el pobre, lleno de regocijo, principió a ligar falsetes atronadores. Y así hasta cuarenta y seis veces. El albañil principió a impacientarse, y cuando pretendía arrojarle de una vez las tres pesetas que le quedaban, perdió un pie, perdió el equilibrio y se estrelló contra el suelo. Tardó en fallecer veinte segundos. Al acercarse a él unos transeúntes con ánimo de ampararlo, exclamó:

—No hagan nada por mí. Esto ya no tiene remedio. En un bolsillo de mi chaleco hallarán tres pesetas. Recójalas y tengan la bondad de entregárselas a ese pobre atolondrado que se agita enfrente. Y aconséjenle que no vuelva por esta calle y que se eduque la voz, porque canta muy mal... ¡Oh!... Lancen ustedes por toda la tierra esta aspiración trascendental de un moribundo:

—¡Amemos el canto, amemos el canto y protéjámosle con entusiasmo!

Y Romualdo Quiroga expiró sin poder pronunciar una sola palabra más...

RAMIRO HERRERO

Las pestañas más largas del mundo

Cuando era pequeña, sus pestañas fueron el encanto de padres y amigos.

—¡Qué pestañas más hermosas tiene esta niña!

Y dos labios gruesos como berengenas cerraban los ojos de Martina con un beso aplastante, meloso.

La muchacha creció y sus pestañas aumentaron de longitud. Daban una sombra estriada a las mejillas y los hombres se enredaban en ellas como en una alambrada tendida en combate de amor. Se hicieron sonetos a las pestañas de mora, a las pestañas sedosas. Y Martina, orgullosa, lucía por los paseos la melena recién peinada de sus ojos.

El padre de la jovencita lanzó un día esta exclamación:

—Esta hija deberá su felicidad a las pestañas.

Y quedó tan satisfecho después de la sentencia.

Cuando llegó a los veinte años, como las pestañas seguían creciendo, empezó a notar cierta incomodidad en el manejo de los ojos; costaba trabajo mover aquellas hebras de dos metros y medio de largo. En el cine, para no molestar a los espectadores que tenía delante, se veía obligada a mirar al suelo y a no ver la película. Había que contarle lo que pasaba en la pantalla.

Claro que, al lado de esto, poseía ventajas enormes. Cierta día que iba a salir de viaje con su familia, no encontraron en toda la casa cuerda para atar el baúl. En seguida Martina se arrancó una pestaña y dieron con ella trece vueltas al equipaje.

En contra de la opinión de don Práxedes, su hija no encontraba la felicidad; sino que, al contrario, aquello que parecía su suerte constituyó su desgracia.

Un domingo por la tarde, reunida la familia para celebrar la fiesta, surgió la duda de escoger teatro adonde ir.

—Vamos al Español a ver drama—dijo un consanguíneo.

—¡Bastantes tragedias tenemos nosotros!

—Entonces, un astrakán para reírnos.

—Mira, niño, deja el astrakán para los cuellos.

—¡Al circo, papá, al circo!—dijo Martina dando saltos como una codorniz.

—Eso me parece más acertado.

Y don Práxedes compró un palco

para el circo Anderson, donde el atleta Kenig daba diez saltos mortales seguidos de un trapezio a otro.

La familia se acomodó plácidamente en cinco amplios butacones, y presenció el trabajo de unas focas que hacían cálculos infinitesimales.

Por fin, el número cumbre del programa. El atleta Kenig y sus trapezios. Martina se entusiasmó con la musculatura del alemán, y no perdía un detalle de su cuerpo.

Kenig se balanceó dos veces, tomó impulso y se lanzó al espacio. Emoción intensa en todo el público, que, como una sola voz, iba contando el número de saltos.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Martina abrió los ojos desmesuradamente, y al llegar al salto número ocho el gimnasta se enredó en una pestaña y cayó a tierra pesadamente. Todos fueron en su auxilio. Pero era inútil; el pobre Kenig había muerto del golpe.

La Policía se llevó a Martina y el padre se quedó pateando en el antepalco.

A los dos meses se vió la causa. La muchacha era inocente. Ella no tenía la culpa de tener las pestañas más largas del mundo. Salíó libre de la cárcel, pero con los párpados pelados al cero.

JULIO ANGULO



—He oído decir que vives de la pluma. ¿En qué periódico escribes?

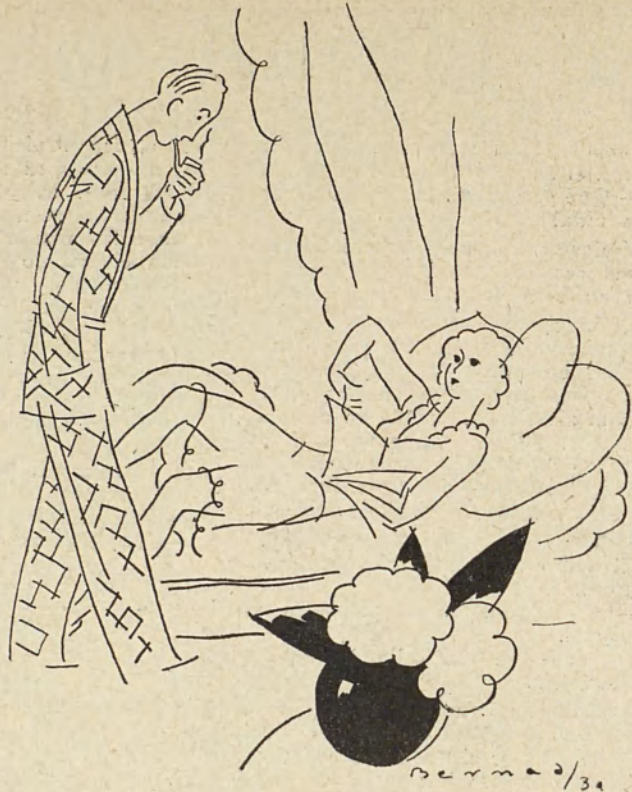
—En ninguna parte; es que tengo una pollería.

Dib. Bosch.—Barcelona.



—¿Hay algo curioso en el pueblo?
—Ya lo creo; mi mujer no pasa una mosca sin que se entere.

Dib. URDA.—Barcelona.



—¡Qué día más largo!
—A propósito: en este catálogo hay unos vestidos largos... ¡que son deliciosos!

Dib. BERNAD.—Paris.



—Me parece que estas chicas han perdido su fortuna.
—¿Por qué crees eso?
—¡No estás viendo cómo tocan las dos a la vez en el mismo piano!

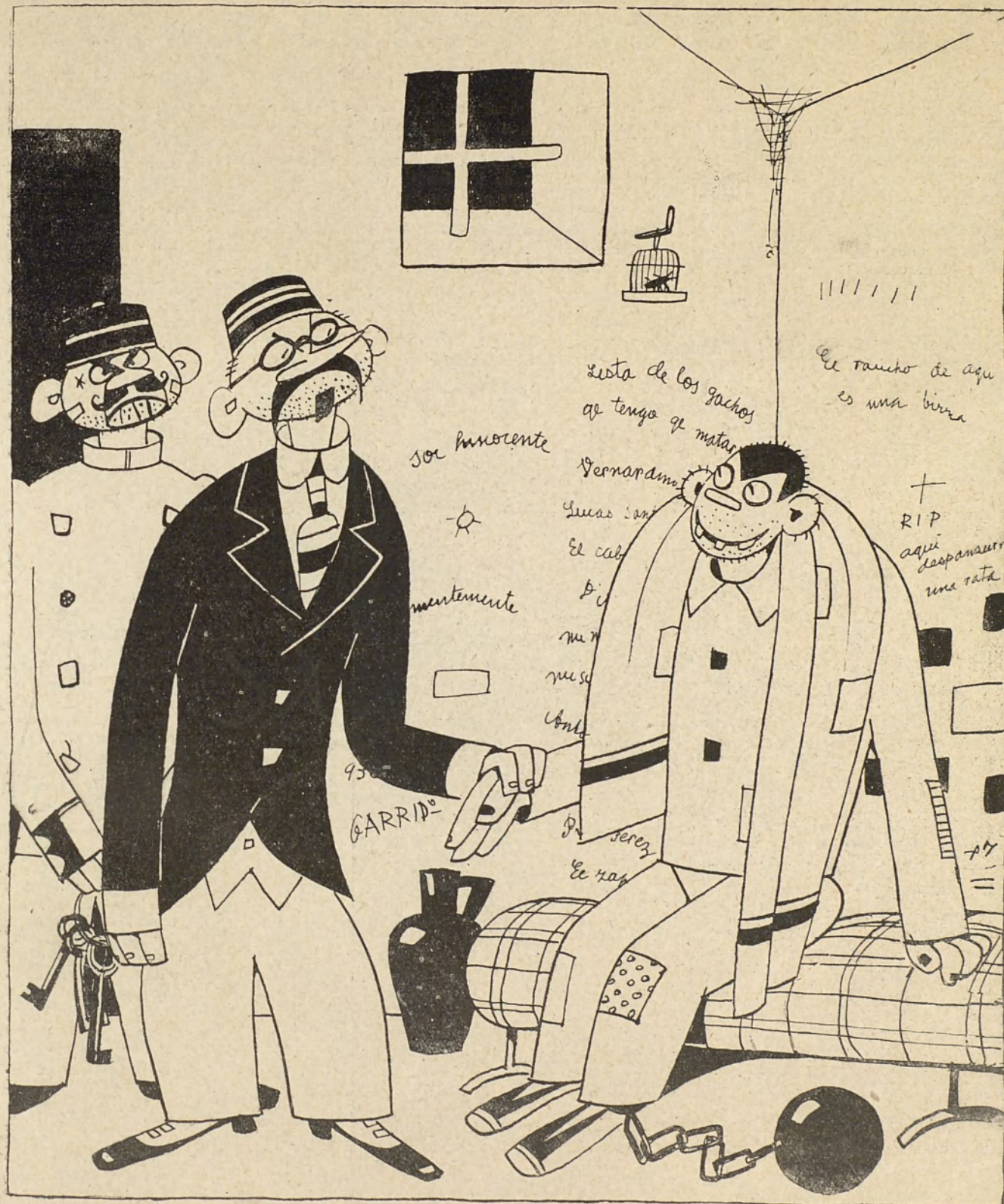
Dib. LÓPEZ REY.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



—Guarda todas las alhajas y lo que haya de valor a la vista.
—¿Por qué?
—El ladrón que acaba de ser absuelto gracias a mi defensa, va a venir esta tarde a "darme" las gracias.

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.



- ¿Te pusiste el termómetro a la hora que te dije?
 —Sí, señor "dotor".
 —¿Y cuánto marcaba?
 —Treinta y siete a la sombra.

Dib. GARRIDO.—Madrid.

La música en los cafés

Otro problema de hoy día es el de tomar café en uno de esos establecimientos donde hacen música de postín, de Wágner para arriba, a base de un sexteto de virtuosos que hacen llorar al auditorio cuando rascan sus instrumentos de cuerda.

El problema estriba en que el parroquiano no puede llamar al camarero, ni al cerillero, ni al "botones",

ni al "limpia", ni estornudar, ni sonarse las narices, ni desdoblar un periódico mientras está sonando la música, porque a escape se le viene encima la protesta de los fanáticos del pentágono con sus prolongados e impertinentes: Chiss, chiss, chiss...

Si la pieza sinfónica es kilométrica y al camarero se le ha olvidado dejar una cucharilla, el parroquiano se en-

cuentra ante este dilema: disolver los terrones de azúcar con el dedo que tenga más limpio o esperar a que se acabe la música y tomar el café frío.

Ya saben ustedes lo que dura un poema sinfónico cuando se pone por las malas: Andante, adagio, andante ma non troppo, scherzo, allegro con moto, etc, etc. De ahí que se pase uno todo el tiempo, o todos los tiempos, con el cuello estirado, buscando la mirada del hombre de las cucharillas, que las lleva en el bolsillo alto de su chaquetilla blanca, como un coquetón pañuelo de seda.

Es una angustia sentirse cohibido y amenazado por una infinidad de señores que parecen apacibles mientras tienen los ojos cerrados y llevan el compás con la cabeza, pero que son unas fieras en cuanto se interpone el menor ruido entre la orquesta y ellos.

Se comprende que en una sala de conciertos o en un teatro de ópera despertase la hostilidad del público la presencia de un individuo que empezara a sacar tarteras de un morral de alpinista, para una merendona, y comenzara por destapar botellas, chocar los cubiertos con los platos y hacer todos los ruidos propios del caso; pero en un café, lo principal es el café, el protagonista es el estómago y la música es lo secundario. Si le seguimos dando a la música esta primacía y estos privilegios, se llegará al caso de que un mendigo que toque el violín a las puertas del Banco de España motive la paralización de todas las operaciones financieras.

Lanzo estas lamentaciones por el trabajo que me costó anoche contar un chascarrillo a un amigo mío en uno de esos cafés filarmónicos. Todos sabemos que hoy día las tertulias de los cafés están limitadas a contarse chascarrillos, y el que yo le empecé a contar a mi amigo, en un momento en que estaban callados los virtuosos, era un cuentecillo inglés, que doy a continuación:

—Verás tú. Una vez, ya de noche, pasaba un borracho por una calle de Londres. Iba el hombre tan curda, que a cada instante se tenía que agarrar a las paredes para no darse una costalada. Y en una de las muchas paradas se quedó apoyado en el marco de una ventana y de pronto vió, en el interior de aquella habitación de piso bajo, algo que iluminó su mente y le llenó de regocijo, hasta el punto de que el tío se puso a dar grandes berridos y a cantar a todo trapo el "God save the king", que, como sabes, es



—¿Pero de qué te ríes tanto?
—De lo que ha hecho mi suegra.
—¿Qué ha hecho?
—¡Phs! ¡Se ha muerto!

Dib. PONITO.—Jerez.

el himno nacional de la Gran Bretaña.

Por aquí iba mi relato cuando la orquesta del café se lió a tocar esa cosa tristona y doliente que llaman "Lamento indio". Cada vez que mi amigo me invitaba a continuar la historieta de mi borracho, surgían iracundos los siseos de los parroquianos que reclamaban un silencio absoluto. Bajando la voz cuanto pude, muy al oído de mi amigo, con "voz de novio", le seguí contando el chascarrillo:

—En esto se acercó al borracho un guardia y le dijo: —¡Eh!, buen hombre, ¿son estas horas de cantar? Váyase a la cama y deje de armar alboroto.

La mirada severísima de un parroquiano adjunto, una mirada llena de improprios táctos que alcanzaban a nuestros seres más queridos, interrumpió nuevamente el cuentecillo de marrras.

—No hagas caso y sigue—decía mi amigo.

—¡Ca, hombre—respondí—, serían capaces de lincharnos!

Optamos por el mutismo, poniendo la lengua a la funerala, y esperamos a que terminara la música y salieran de su éxtasis los entusiastas de aquel "Lamento indio", incapaces de conmoverse ante cualquier lamento de un compatriota. Y cuando terminó la pieza y se hartaron de aplaudir, y se permitió al público un breve espacio de conversación, terminé malhumorado el cuento, diciéndole a mi amigo:

—Entonces el borracho contestó al guardia: —No sea usted tirano, señor guardia. ¿Sabe usted por qué estoy cantando? Porque al pararme ante esta ventana he visto la mano de una señora que está tomando un baño en esa bañera y le estoy cantando el himno nacional para ver si se pone de pie, que es como escuchan esa música los buenos patriotas.

Mi amigo ni siquiera tuvo ánimos para reírse de puro indignado que estaba, y tomando pie de la historieta me dijo:

—Pues mira, también a nosotros nos pone de pie esta música. Huyamos de estas pedanterías musicales y de estas exageraciones culturales, y vámonos a un bar de esos donde por una perra gorda te dan diez minutos de piano'a detonante, acompañada de bombos y platillos, y donde se puede comer y beber tranquilamente sin protestas de nadie, porque la música es bastante enérgica para amparar y cubrir todos los ruidos digestivos

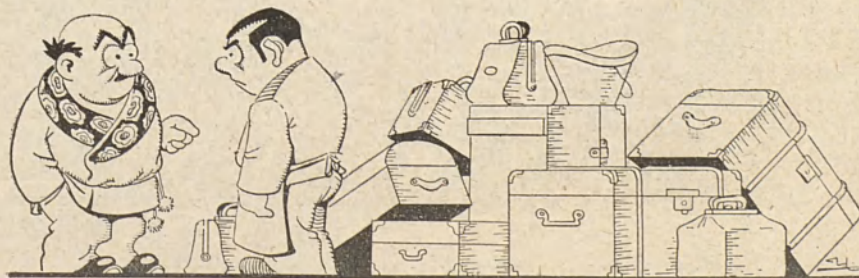
Y colorín colorao, este cuento se ha "acabao".

RAMIRO MERINO



—¿Pero no ve usted que se está ahogando su señora?
—¡Déjeme en paz, hombre! ¡Cómo quiere usted que se ahogue si no le llega el agua más que a la cintura!

Dib. CASTILLO.—Madrid.



—Ya está preparado el equipaje; ahora, pondré en cada bulto la dirección.
—No la pongas más que en uno; en los demás, con que pongas "ídem", ya hay bastante.

Dib. URDA.—Barcelona.

"El Don Manuel del perfecto chofer"

Es americano chipén. De la ribera del Hulson en Nueva York de América. Y se lo ha sacado de la porción craneana, incluso el frontal, un tal mister Môme Tro, que hasta hace dos meses vendía rabillos de boina a la salida del Metropolitan, en una acera del Broadway. Esta, no; aquélla. Sí, la de enfrente. Ya era millonario, pero no mucho y como Mabel, su única hija primogénita, decía que quería casarse con el rey de la chatarra mía, pues, qué hizo el hombre. Inventarse este "Don Manuel del perfecto chofer" que ha tenido un éxito bastante regular en Nueva York, yes, yes. Sólo el primer año ha vendido nueve ejemplares y todos los muebles de su yerno. Pero, bueno, esto allá no es nada.

Y dice mister Môme Tro, díceee: "Para ser buen conductor de vehículos a motor, hay que llamarse Ulogio y ser del fascio. Sí, estarse con Mussolini. Con duce, con duce. Bueno.

Después de llamarse Ulogio y ser

del haz, hay que tener un auto que ande casi siempre sin jugar a ser cochero.

Hay quien lía estúpidamente las cosas y cree que conducir un automóvil es pasearse por sobre el censo con una goma de borrar. Nada. El conductor inteligente, si bien no debe rehuir jamás el atropello que le colocan "a huevo", tampoco necesita perseguir escaleras arriba al peatón cobarde para cargárselo. Esto es de principiantes. El concepto legal y la valoración artística del atropello sólo una táctica constante y progresiva podrán dártelos. No hay que dejarse deslumbrar por las glorias de oropel. Al principio no paséis de la gallina picoteante y cacareadora, del perro perezoso y el cerdo voraz. Lo otro—el ciudadano demócrata, la anciana rugosa y perlática y la pandilla de impúberes escolares—esos ya vendrán ellos solitos.

He aquí algunos casos prácticos y su técnica: "Atropello de un vendedor ambulante".—Muy fácil. Se le

toca la bocina. El vendedor no hace caso porque todos los vendedores ambulantes de América van soñando en lo que harán cuando sean ases de la pantalla. Es el momento de preparar el acelerador para hacerse con él. Se aproxima uno despacito, despacito, con el escape cerrado para que no se le sienta, se centra al tío con el radiador—que para esto lleva su punto de mira—y cuando se lo tiene encunadito, se mete el pedal a fondo. No se escapa uno.

"Atropello de una mujer afiliada al partido laborista".—Más difícil. La mujer empieza por lanzarse tan despreocupadamente por las calzadas, que parece juego de niños atropellarla. No lo creas. Verás que, de pronto, cuando más segura la tienes, lanza un grito penetrante y te da un regate. Si no estás prevenido, te pasarás y tendrás que realizar una comprometida maniobra metiendo la marcha atrás. Lo mejor es que cuando grite te pares y veas hacia donde rompe el regate, que lo haría hacia una tienda de modas con toda seguridad. Déjala que entre que es tuya, porque la mujer, delante de un montón de trapos, ya no se entera de nada, y es el momento de lanzarse sobre ella.

"Atropello de una familia numerosa".—Es el más sencillo, pero no da categoría. Basta con avisar reiteradamente a tres kilómetros de distancia. Ellos, es impenable, se pondrán a bailar una agitada farándola en mitad de la calle y verás cómo, cogiditos de la mano, se van metiendo uno a uno debajo del coche, empezando por la madre.

Y ahora voy a explicarte algo que te conviene saber: el significado de ese ademán que consiste en sacar misteriosamente una mano por la ventanilla del coche.

Cuando el conductor saca una mano por la ventanilla es que quiere decir:

- 1.º Que va a torcer a la derecha.
- 2.º Que saluda a un amigo.
- 3.º Que va a torcer a la izquierda.
- 4.º ¿Estará lloviendo?
- 5.º Que va a parar.
- 6.º ¡Mira qué tío más gordo va por allí, Eugenia!
- 7.º Que va a dar marcha atrás.
- 8.º Que tira la ceniza del cigarro.
- 9.º Mil cuatrocienas cosas más que nadie ha sabido, ni sabe, ni sabrá nunca.



—Por usted, señorita, iría hasta el fin del mundo.

—Pues ande, hijo, vaya usted... y no vuelva.

Dib. V. Díez.—Madrid.

SANTIAGO LORENZO



Náufrago:

—Estamos perdidos. ¡Hay salvajes! ¡Hemos ido a parar a una isla desierta!

Dib. CASTANY.—Barcelona.

La idea genial de un alcalde

(Cuento matusalénico)

En un pueblo de Aragón,
cuyo nombre no recuerdo
(y que, aunque lo recordase,
lo callaría, discreto),
estaba muy preocupado
su muy noble Ayuntamiento
por carecer de reloj
en el frontis del Concejo,
a causa de lo mermados
que estaban los presupuestos,
que impedían consignar
partida para este objeto.
Por fin, un año lograron,
haciendo un supremo esfuerzo,

destinar algunos duros
para el reloj... Pero, siendo
la cantidad tan escasa
no tuvieron más remedio
que poner uno de sol,
a cuyo efecto trajeron
para hacer la obra un
oficial de relojero,
quien colocó la varilla,
pintó las horas de negro
y dió fin a su trabajo
entre el gran contentamiento
de los vecinos, que, al fin,
sus deseos consiguieron.

Pero ocurrió que una tarde
cayó un chubasco tremendo,
y fué tan feroz la lluvia
que destruyó por completo
la pintura de las horas;
y este infausto contratiempo
fué motivo para que
los ediles del Concejo
se reunieran en sesión
extraordinaria, al objeto
de estudiar la forma de
reparar el desperfecto
y evitar, en adelante,
la repetición del hecho.
Hubo larga discusión,
en la que no se entendieron,
hasta que el alcalde dijo:
—¡Señores: yo tengo un medio
para que no ocurra más!...
—¿Cuál es?—a coro dijeron
los concejales.

—Pues es
facilísimo en extremo:
¡construir sobre el reloj
un tejadillo de un metro,
y así, aunque llueva a torrentes,
no nos importa un pimiento!...

... ..
Las palabras del alcalde
causaron tan gran efecto,
que todo el pueblo acordó
solicitar del Gobierno
que jamás sustituyeran
a hombre de tanto talento,
jefe además de la U. P.
de tan noble y leal pueblo,
lo que explica en cierto modo
aquel genial pensamiento
de resolver un conflicto
con tan certero remedio...



—Estoy muy preocupado, porque mi mujer tiene ahora la solitaria.
—Eso no es de cuidado, hombre.
—No; pero siempre es una boca más que mantener.

Dib. CUESTA.—París.

EL NARRADOR

BAMBALINA



DIABLAS Y TRASTOS



¡AY, MADRE!

¡Lo que es la poesía!... ¡Señor, Señor!... ¡Cómo engaña!...

El poeta Marquina ha tenido un éxito tremendo con su última obra, estrenada en el Reina Victoria, "El Monje blanco". Nosotros, como todos, aplaudimos a todos: al autor, al escenógrafo, a Manolito, a Josefina, a Fray Santiago y al Kronprinz, el hijo de Kaiser, que es un verdadero primor de criatura, y que nos confirma más en la idea de que todas las criaturas de pequeños sirven perfectamente para hacer requetebien lo que hacen los mayores requetemal, y que si luego con la edad van perdiendo las aptitudes, se debe a toda la paja y humo y aire y virtutas y páginas de papel impreso y otros objetos varios que les meten en la cabeza con pretexto de instruirlos.

Para todos hubo aquel día su ovación. Nosotros destacamos aquí los nombres de Manolo Díaz y de Burmann; del primero, porque se destacó—después de una temporada sin trabajo—con altísima discreción en un papel de mucho compromiso, a pesar de su lucimiento; y de Burmann, porque, habiendo trabajado hasta ahora exclusivamente para Martínez Sierra, hacía sus primeras armas como escenógrafo independiente y nos ofrecía unos decorados primorosos de evocación, glosa y disposición italianizante, tan justos de concepto como finos de color.

Todo, pues, lo aplaudimos. Pero lo mismo fué salir a la calle, repletos los bolsillos del alma de los pensamientos elevados que la poesía del autor nos había ido regalando, que comenzar nuestro embarazo.

Sí, lectores: estamos embarazados desde la otra noche. Embarazados y un poco moscas, lo cual no es incompatible, porque el embarazo de las moscas es tremendo, capaz de amoscar medio mundo con sólo una promoción. Pues nosotros—conforme decimos—estamos desde la otra noche en verdadero compromiso. (Antes hemos dicho "embarazo", pero, con frecuencia, es lo mismo.)

El motivo mayor de todo esto se encuentra en aquella frase... Fué en un momento solemne: la obra estaba ya en el último tercio; el autor se entregaba ya a la faena de muleta,

sacando sus mejores pases de adorno y de eficacia, a fin de igualar al bruto... y al no bruto; o sea, de que aplaudieran por igual el zopenco y el conspicio...



—¿Le gusta salir por las noches a tu marido?

—No sé, chica; sale de casa a las tres de la tarde y no vuelve hasta las siete de la mañana.

Dib. Pico.—Madrid.

En esas faenas del último tercio es donde un diestro ha de demostrar que lo es; demostración que se consigue, como ustedes saben, manejando a la perfección la mano izquierda, cosa que podrá sorprender, pues, para ser diestro, parece natural que la mano del manejo fuera la diestra; pero no; en el país de los viceversas, la destreza ha de estar en la zurda.

Pues decíamos—volviendo a nuestro asunto (todo se nos vuelven oraciones; y ¡es que se nos va la cabeza con esto del embarazo!)—que el diestro, después de habernos regalado anteriormente en el primer tercio, no sólo unas Verónicas, sino hasta una Virgen y unos frailes, y haber quedado en todo como Dios, echaba ahora el resto en la muleta.

Era en la celda de Fray Can, personaje que es, en el poema, el vértice o el eje, o, si se quiere, la clave de la significación ideológica del poema; y este frailecico, en un momento de emoción, pronuncia, iluminado, una frase, frase bomba, que nos hizo estallar, no en aplausos, sino en más: en murmullo contenido, en uno de esos murmullos en los cuales la admiración del oyente se condensa en una frase, la frase que resume y que concreta la admiración frenética: “¡Qué brutal!”...

La frase del poeta era ésta:

La Creación toda está hecha
de carne maternal

Marquina ha sido siempre decidido propagandista de la maternidad. No queremos decir, ni por asomo, que lo fuera de acción; es, a saber: que tratara de llevar su apostolado hasta el extremo militante de lograr, por cuantos medios estuvieran a su al-

cance, que ingresaran en la maternidad todas las damitas o damas en estado de merecerlo que encontrara a su paso por la vida. No; el estro poético es teórico; pertenece a la fantasía. “El sembrador sembró su semilla”; pero el poeta predica nada más. Y una cosa es predicar, y otra dar trigo.

Pero, si bien de una manera consonante y medida—no disonante y con sílabas mal contadas—Marquina había sido siempre un vehemente, un decidido panegirista de la maternidad de las mujeres. La cosa ahora, sin embargo, toma muy otras proporciones. Ahora no se contenta con ensalzar a la madre-mujer, sino que lo eleva a la enésima potencia y alaba a la Madre-Creación.

En el fondo, es la misma cosa, y cuando el poeta recuerda que la Creación es madre, no hace más que sentar la premisa mayor de un silogismo que va a seguir así: “La mujer pertenece a la creación; luego la mujer es madre.”

Nosotros asentimos, fervorosos, y dimos, en vista de eso, a las damas de nuestro alrededor nuestra tarjeta, añadiendo: “¿Verdad que sí, señora? Eso que dice el poeta está muy superior. Como usted de superior... Diga usted que sí, ¡y a ello!... Aquí tiene usted su casa y un servidor... No se olvide... Manos a la obra, y ya sabe: no tiene más que avisar.”

Pero, ¡ay!, que en cuanto salimos del teatro vino un aire colado—y helado, lo mismo que la horchata—que nos dejó sin respiro. Era que el pedazo de carne maternal llamado Guadarrama nos mandaba su soplo materno. ¡Nuestra madre!..., exclamamos, patitiosos. Y al día siguiente,

¡zás!, nosotros cada vez más postrados y la columna del termómetro cada vez más erguida... Vino el doctor... Nos auscultó... Miró todas las porquerías que estábamos elaborando en abundancia en el aparato respiratorio, y exclamó: “¡Qué razón tiene Marquina!”...

Quedamos, la verdad, un poco sorprendidos de la exclamación del médico y de su tono entusiasta.

—La Creación toda está hecha—dijo el médico—de carne maternal... En menos de doce horas se han creado en la carne de usted dos billones de microbios de la gripe en cada milímetro cúbico. ¡Qué maternidad más espléndida!... ¡Qué ejemplo sacrosanto de fecundación soberana!...

—Ah, sí... claro..., sí sí...—dijimos nosotros entonces—. ¿Pero a usted no le parece que son muchos hermanos contra uno? La Creación maternal ha tomado con tanto calor la materna creación de los microbios, que se ha olvidado, sin duda, de nosotros, hijos suyos también y víctimas, no obstante, de estos microbios-hermanos, que no nos dejan vivir ni aun respirar... No se porta bien la Madre-Creación con este hijo suyo... Primero, nos ha mandado un soplo que nos ha dejado helado, y luego nos manda unos microbios que nos van a dejar hambres...

—Eso a la Madre-Creación—respondió el eminentísimo doctor enojándose de hombres—le tiene por completo sin cuidado. Ella es maternal, y en teniendo hijos y más hijos, le importa lo demás tres pepinillos... Usted podrá desaparecer si fallece, pero eso, ¿qué? Aparecerán, en cambio, una serie inacabable de hijillos y de hijuelas... El producto no se altera..., la carne de la creación sigue tan maternal como antes... En cambio...

—En cambio, ¿qué?... Termine usted la frase... Parece que quiere usted decir que, en cambio, la creación ¿ganaría?...

—Desde luego—dijo el médico—. Cuando usted fallezca, saldrán de usted varias madres, que es lo sacrosanto... Usted es de carne—y hueso—paternal... Y un padre..., ¡qué importa un padre!... Ser madre es la cosa... Sí, señor...

El médico se marchó, y nosotros quedamos en el embarazo dicho y amoscados. ¿Cómo compaginar, Señor, la poesía maternal de la creación con la maternal creación de la humedad y del reuma del ciervo y de la gripe; de la creación poética y de la creación de microbios?

Eso es lo que nos embaraza. Y, después de todo, menos mal, porque el embarazo es, al fin y al cabo, algo maternal... Y algo es algo.

MANUEL ABRIL



—Debe ser difícil pintar el agua, ¿verdad?

—Ya lo creo; como que no se está quieta ni un momento.

Dib. CASTILLEJOS.—Madrid.

Del buen humor ajeno

La novia de Isidoro, por M. Radigue T.

Es el día en que Isidoro, el prometido de la señorita Rosa, va a visitar a los Duplá, sus futuros suegros. Se presentó con un ramo en la mano y una encantadora sonrisa en los labios.

LA FUTURA SUEGRA.—Buenos días, Isidoro; es usted puntual, no lo esperábamos a esta hora. Rosita está en el jardín, y mientras llega la hora del almuerzo se ejercita, como todas las mañanas, en tirar con la pistola y la carabina. Vaya, pues, a sorprenderla y se alegrará mucho. Ya está muy adelantada; hace blancos superiores. Yo me reuniré con ustedes en seguida.

ISIDORO.—Puesto que usted me lo permite, estimada señora, voy a sorprender a Rosita.

(*El galán, con su ramo de flores en la mano, se precipita en la dirección indicada, guiado por una serie de pequeñas detonaciones.*)

ROSA.—¿Eres tú, Isidoro? Ven y verás lo que voy progresando. Ya hago blanco a veinte pasos, mucho más lejos de lo que se necesita en la ocasión oportuna.

(*Le muestra un cartón que representa un hombre de menos de un metro de altura, y acribillado por numerosos proyectiles, que lo han convertido en una criba.*)

—Eh, ¿qué me dices de estos blancos? La verdad es que me entreno con ardor.

ISIDORO.—No sabía que fueses tan aficionada al tiro. ¿Tendrás la idea de que nos dediquemos a cazar, cuando seamos marido y mujer?

ROSA.—¿Yo cazadora? De ninguna manera. Matar perdices, pajaritos o conejos, tan lindos e interesantes... ¡Qué horror! No, nunca. Si aprendo a tirar, es porque me parece indispensable que una mujer tenga buena puntería.

ISIDORO.—¡Indispensable! De modo que no lo haces por recreo.

ROSA.—¡Pues vaya un recreo! Esto me fastidia de un modo espantoso, pero es de la más elemental previsión. Supongo que habrás leído en los periódicos el caso de esa infeliz mujer que, martirizada y humillada por un marido brutal, se ha decidido a quitárselo de en medio. ¡Pum! A diez pasos un tiro de revólver, y el odioso déspota doméstico pasó a la historia.

ISIDORO (*Algo aturdido*).—¡Ah! Sí; en efecto, recuerdo haber leído esa noticia.

ROSA.—Ante el tribunal, ya comprenderás que el abogado de la digna y noble mujer tenía excelentes elementos para la defensa. Estuvo arrebatador. ¡Qué éxito! Los jurados lloraban, y cuando fué pronunciada la absolución, estallaron aplausos y aclamaciones. En medio de todo, ha tenido suerte esa señora en ajustar bien la cuenta a su tirano: Figurate que hubiera errado el tiro: ¡qué vergüenza y qué confusión!

ISIDORO (*Con una sonrisa forzada*).—Pero, mujer, yo creo que habría sido mejor que no sucediera ese crimen.

ROSA (*Indignada*).—Mejor ¿eh? ¡Vaya una salida! Si no llega a darle bien, en lugar de su absolución hubiera tenido la triste suerte de esa otra desventurada que hace pocos días entró en la cárcel de mujeres.

ISIDORO.—Ya recuerdo. Hablas de esa mujer a quien, muy justamente por cierto, se condenó a unos meses de prisión

por haber tratado de asesinar a su esposo.

ROSA.—Si ha merecido ese castigo, ha sido por su torpeza. Compró un revólver, y sin quitar el seguro, a riesgo de herirse ella misma, disparó... Perseguida por tentativa de homicidio, tuvo que habérselas no con un jurado compuesto de hombres de corazón sensible y comprensivo, sino con jueces profesionales, de entrañas endurecidas, y que no saben salir de lo que llaman la ley.

ISIDORO.—Y entonces, encantadora Rosita, te ejercitas en el tiro para...

ROSA.—¡Oh, Isidoro! Nadie sabe lo que puede suceder. Un ultraje irreparable, aunque sea de palabra, es tan fácil... y yo soy tan susceptible. Si la necesidad me obligara a disparar sobre ti —¡no lo quiera Dios!—, eres bastante caballero para no desear que yo salga de la Audiencia con la frente muy levantada y estimada por todos.

Isidoro quiere hablar, pero lo piensa mejor, y echa a correr sin despedirse siquiera de la suegra.

P. L. M.



—¿Te describió Luisa su nuevo vestido?

—No completamente, porque sólo estuvo conmigo toda la tarde.

(De London Opinion.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un pseudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre, indíquese: "Para el Concurso de chistes". Concederemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número. Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios. ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

Un profesor preguntó a los niños de la escuela si sabían por qué los peces eran mudos.

Después de un silencio, se levanta un chico y dice:

—Porque como tienen la cabeza en el agua no pueden hablar.

Pirulí (Albacete).

AMADOR

FOTOGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Un argumento irrefutable.

—El 10 de noviembre usted insultó a una señora que le rehusó la limosna.

—No es verdad, señor presidente; en aquella fecha estaba de sordo-mudo a la puerta de las Calatravas.

Ur-Música (Bilbao).

El señor Pérez va a entrar con su mujer en una camisería, pero de pronto se detiene y exclama:

—Vamos a otra parte, hija mía.

—¿Por qué?

—Porque ahí dice "se habla alemán" y ni tú ni yo lo sabemos.

El barbero de Sevilla.

CASA DE LAS PANTALLAS

Las de gusto más exquisito.
Modelos desde 2,50 pesetas.

ROMERO — Fuencarral. 6ª

Examen de Agricultura.

—¿Cómo distingue usted un peral de un manzano?

—Por la fruta.

—¿Y cuando no tiene fruta el árbol?

—Entonces espero.

C. Porrillo (Madrid).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

—Ya he visto, Perico, el anuncio del perro que has perdido. ¿Es el tercero que pierdes este mes?

—Sí; desde que mi hija Marichu da lecciones de canto, no para un perro en casa.

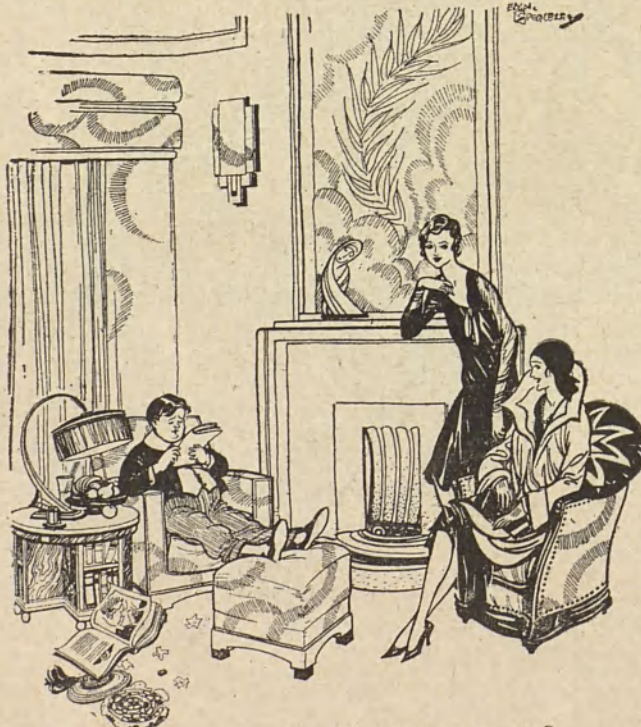
Matil (Madrid).

TAPAS para encuadernar colecciones
semestrales de

BUEN HUMOR

se venden en la Administración de dicho semanario al precio de 3 pesetas una.

Se remiten certificadas si al enviar el importe acompañan 0,30 ptas.



—¿Qué va a ser su chico cuando sea mayor?

—Profesor.

—¿Y tiene afición a esa carrera?

—Sí; ¡le encantan las vacaciones!

(De The Passing Show.)

Un chiste muy mono.
¿Por qué Voronoff ha tenido que dejar el injerto de las glándulas del mono?

—Pues porque tenía que llevarse muchos "micos".

Clavijo.

Obreros.

—Yo en América he ejercido lo menos siete oficios...

—Pues yo, aquí en España, ya he trabajado de carpintero, de herrero, de albañil y de tapicero.

—¿Y qué oficio es el que menos te gustó?

—Uno en que la Alcaldía me comunicó que me habían puesto una multa.

Don Boni.

SIEMPRE PRESA

Sostenes — Fajas — Corsés
Fuencarral, 72.—Tel. 51135

—¿Cuál es el colmo de un carnicero?

—Tener una hija paletilla y un hijo cerdo.

Herrerita (Motril).

En una fonda.

—¡Camarero! ¡No hay derecho! ¡Me ha traído usted para beber un vaso de agua sucia!

—Perdone, señor. No es el agua lo que está sucio.

—¿Pues qué?

—¡El vaso!

El as del fútbol (Melilla).

Los sueldos reducidos y el matrimonio

Chico, ¿conque te has casado?

—Sí, hombre.

—¿Y qué tal te va en tu nuevo matrimonio?

—Muy mal.

—Pues qué te sucede?

—Pues que mi señora no hace sino pedirme dinero; al levantarse, dinero; al comer, dinero;

al cenar, dinero, y siempre dinero.

—¿Y qué hace tu mujer con tanto dinero?

—No lo sé, porque aún no se le ha dado.

Enrique Soto y Soto.

—¿No sabes que la hija del tío "Pitorro" ha echado al mundo una preciosa criatura?

—¡Hombre, me alegro mucho!

—¿A que no sabes lo que ha sido?

—¿Un niño?

—¡Ca!

—Entonces habrá sido una niña.

—¿Sabes que has acertado?

¡Ni que fueras brujo!...

José María Cagigal.

Hoz de Anero (Santander).

De la carta de un suicida.

"... pude suicidarme antes, pero no quise; éste es el momento oportuno. ¡Año nuevo, vida nueva...!

31 de diciembre..."

La Estaca (Enguera).

Entre cazadores

—Oye, Lucas.

—¿Qué quieres?

—¿Cuánto se ha cazado?

—Ya ves: seis liebres.

—No veo más que cinco.

—Es que la otra la tiene el hijo del alcalde.

—No entiendo.

—Sí, hombre, se cayó y la cogió.

T. González Marciel.

Sabio remedio.

Ella.—¿De veras cree usted, doctor, que se curará mi marido?

El doctor.—Sí, señora. Lo que hace falta es que tenga tranquilidad, mucha tranquilidad. Aquí tiene usted esta receta, que es un calmante de opio.

Ella.—¿Y a qué horas tengo que dársela?

El doctor.—¿Cómo dársela? No; si el opio es para que lo tome usted.

Faustino Olivas Navarro.
(Madrid.)

En la calle:

—¿Ves aquel médico que pasa por la otra acera? Pues salvó a uno de mis chicos.

—Realmente, tiene cara de hombre de talento.

—¡Oh, es que le salvó... de que le cogiera un tranvía!

Paulino Domínguez (Madrid).

En el Juzgado.

La suegra.—Mi yerno, ese infame que está ahí, ha tratado de asesinarme con fósforos.

El juez.—¿Puede usted dar pruebas?

El yerno.—Que le hagan la autopsia y se convencerá usia.

Mona (Sevilla).

Entre modelos:

—¿En qué se diferencia una casa de modas y el estudio de un pintor?

—¿...?

—Pues en que en la primera están los "vestidos" y en el estudio los "desnudos".

Aurora Vidal (Madrid).

¡HUID DEL VICIO!

—La bebida ha tenido para mí consecuencias funestas. Recuerdo que una vez, siendo joven, me embriagué y... ¡no quiero recordarlo! ¿Qué dirá usted que hice?

—Alguna locura tal vez.

—¡Pedir la mano de la que hoy es mi mujer!

—¿Qué horror!

El Carbonero (Madrid).

Consulta.

—¿Cree usted, doctor, que viviré hasta los noventa años?... Ahora tengo cuarenta.

—¿Bebe usted, juega, fuma o tiene algunos otros vicios?

—No, señor, no tengo absolutamente ninguno.

—¿Entonces, para qué quiere vivir cincuenta años más?

El tío Paco (Zaragoza).

Un protector de la industria nacional.

Entre padre e hija:

—Te veo, papá, mucha animosidad contra el cine, y, la verdad, no debías de ser así.

—¡Claro, hija, y tanta animosidad! ¡Detesto esa invasión de películas extranjeras que estamos soportando! En mi tiempo joven sólo se hacía "Cine-matógrafo Nacional".

G. Martínez (Valencia).

Sablita chasqueado.

Se encuentra un "sablita" a un amigo en la calle y le dice:

—¿Qué suerte encontrarte, chico. ¡Precisamente me he dejado en casa el monedero! ¿Tendrías inconveniente en prestarme cinco duros?

—¡Hombre, cinco duros, no! Pero te daré veinte céntimos

para el tranvía, y en un momento vas a tu casa por el portamonedas.

Zacarías Ros Gómez.
(Zaragoza.)

En el café.

—Camarero, cobre usted...

—¿Hace el favor de otro duro? Porque éste es de calamina... Pesa poco.

—Tome otro.

—Este es de plomo... Pesa mucho.

—¿Entonces, qué duro quiere usted?

—Pues uno que no pese tanto ni tan poco; un intermedio y que suene bien...

—¿Conque un intermedio y que suene bien? Pues vaya usted al maestro Serrano y que se lo haga...

Jerónimo Ruiz.

Acertijo.

—¿En qué se parecen los dineros del sacristán a los "gallos" que hacen los malos temores cuando cantan?

—¿...?

—Pues en que ambos cantando se vienen y cantando se van.

Mateo Pascual.

Una señora a un mendigo:

—¡Pobrecito! ¿Y de qué está usted tuerto?

—Pues de un ojo solo, señora. ¡No voy a estar de los dos!

Pepe Félix (Madrid).

Un nuevo rico va a una oficina, y el oficial le dice:

—Esa petición debe hacerla por escrito...

—¿En papel sellado?

—No es necesario: puede hacerla en "papel común"...

Media hora después se presentó con la solicitud extendida en papel higiénico.

Pompas Fúnebres (Enguera).

TENIA RAZON

Preguntaron a un sujeto por su nombre y su apellido, y él, galante, ha respondido: Con Mora-Pío está completo.

Pero uno de los presentes creyó le tomaba el pelo, y dijo:—No nos revientes con semejante camelo.
—No es camelo, es realidad, dijo en forma retadora; si mi nombre es Pío Mora; esta es la pura verdad.

León Cembrano
(Madrid).

ENTRE AUTORES

—¿Produce mucho dinero tu nueva comedia?

—¡Bah! Muy poco. Pero de esto tiene la culpa el empresario.

—¿El empresario?

—Sí; sólo pone mi obra los días que hay poca entrada.

Julio Sanz del Molino.
(Madrid.)

CUPON

correspondiente al núm. 429 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.



Correspondencia muy particular



Octavio (Burgos).

¡Ah, si oír pudiera Octavio lo que de él dice mi labio!...

Pues que se ofendería una brutalidad, y tendría muchísima razón para ofenderse, porque mi labio se ha excedido un poco, ¡la verdad!

Bueno; hay que decir en descargo de mi labio, que la literatura del amigo Octavito es para coger el cielo con las manos..., y la nuez del autor con los colmillos más agudos de que uno disponga...

N. N. (Cádiz).—¿Y a mí qué me importa que Noé fuese un borracho descomunal? En primer lugar, Noé ya falleció; y en segundo, aunque viviera, yo no poseo una taberna acreditada donde poder lucrarme a costa de los curdas de tan egregio personaje. Y he aquí explicada suicientemente la razón de que a mí me tenga sin cuidado la

ni la crítica nos place, ni el romance nos conmueve, ni el soneto nos complace, ni el dibujo nos resulta, ni el monólogo nos hace... Y, en resumen: que, por tanto, en "Cestona" todo yace...

Son muchos muertos, ¡la verdad!, pero qué le vamos a hacer. Acompañarle a usted en su hondo dolor y rogarle de paso que, si no piensa usted escribir un poco mejor, deje de escribir..., que eso sí que sería lo mejor. ¡Mucho mejor que escribir un poco mejor, ¡qué duda cabe!

D. R. (Madrid).—El suplicio mayor que podría inferirse a Primo de Rivera es leerle un par de veces los versitos que usted ha elaborado a propósito de su dimisión. ¡Es seguro que no salía sano del lance, nos jugamos las orejas!

Clemente (Badajoz).—Las décimas suelen tener diez versos. Ahora, si usted se empeña en que tengan once, es usted muy dueño... Además, en la vida todo es posible. En este momento tenemos aquí

una décima... parte del billete del próximo sorteo que tiene once (el once mil trescientos veintisiete, para que usted se entere).

Melancólico.—No puede ser. Es todavía más malo que el anterior.

Gonzalo.—Lo mismo le digo a usted.

Jesús.—¡¡Gracias!!

E. S. B. (Madrid).—Le rogamos, casi de rodillas, que nos indique su dirección para remitirle esa futesa que nos pide en su última y amable carta.

Moragas (Ceuta).—Los dos cuentos de Moragas son dos espantosas plagas.

J. M. M. (Cáceres).—Ilustre y extremeño amigo: "El compañero" ha pasado a hacer compañía a otros compañeros desgraciadísimos que pernoctan en "Cestona".

P. R. V. (Madrid).—Sepa usted, adorable colega, que artículo se escribe sin hache.

Y si el artículo lo escribiera usted sin ninguna letra, sería mejor, porque así no tendríamos que leerlo nosotros y nos habríamos ahorrado una neuralgia verdaderamente incandescente.

Casto (Huelva).—Usted será Casto, pero su cuento es de una concupiscencia como para llamar a un guardia, lérselo y qué él determine la barbaridad que hay que hacer con usted.

Zocato (Cartagena).—Con los versos de Zocato hemos pasado un mal rato.

B. D. S. (San Sebastián).—Tiene muchísima gracia, sí, señor, pero muchísima gracia (y no nos molesta repetirlo) su cuento del demente bizcaitarra. Y el leve detalle de que a nosotros no nos la haya hecho, a pesar de tenerla por arrobos, es un detalle que en absoluto no tiene importancia y que no debe preocuparle a usted ni poco ni mucho.

J. CH. (Orense).—Primeras palabras de su sensacional y desaforado artículo: "¡Señores: me he enamorado como un idiota!..." ¡Naturalmente!... ¿Pues cómo quería usted enamorarse?

Pando (Madrid).—Por ese camino, Pando, acabará rebuznando.

T. P. de B. (Segovia).—Señor don T. P. de B., ¡qué majadero es "usté"!

J. M. L. (Valladolid).—Es demasiado artístico y formidable para nuestra modestísima revista su estupendo dibujo al lápiz. Y eso que no estamos seguros de si es un dibujo o es un pastel. A lo mejor, no es pastel tampoco. ¿Será un churro?

"MADRID VIENA"
CAMISERIA DE MODA
Montera, 41.—Teléf. 16662

viciosidad recalcitrante de aquel bebedor eximio y desaforado.

Toribio (Madrid).—No nos haces reír, ilustre Toribio, aunque nos saques la lengua veinte veces.

L. Q. S. (Barcelona).—No tiene usted ni un átomo de derecho para chincharnos de esa manera tan desconsiderada, tan persistente, tan conatumaz y tan escandalosa. ¿Por qué, en lugar de escribir cosas tan punibles, no se dedica usted a bailar el Charleston por las vías públicas? ¡Haría usted mucha más gracia que con las cuartillas, créanos usted!

S. A. E. (Alicante).—Ni la crónica nos gusta,



—Parece que estás algo deprimida.

—Sí; y es, sencillamente, porque no sé de dónde vendrá mi futuro novio.

(De Everibody Wellky.)



CREMA

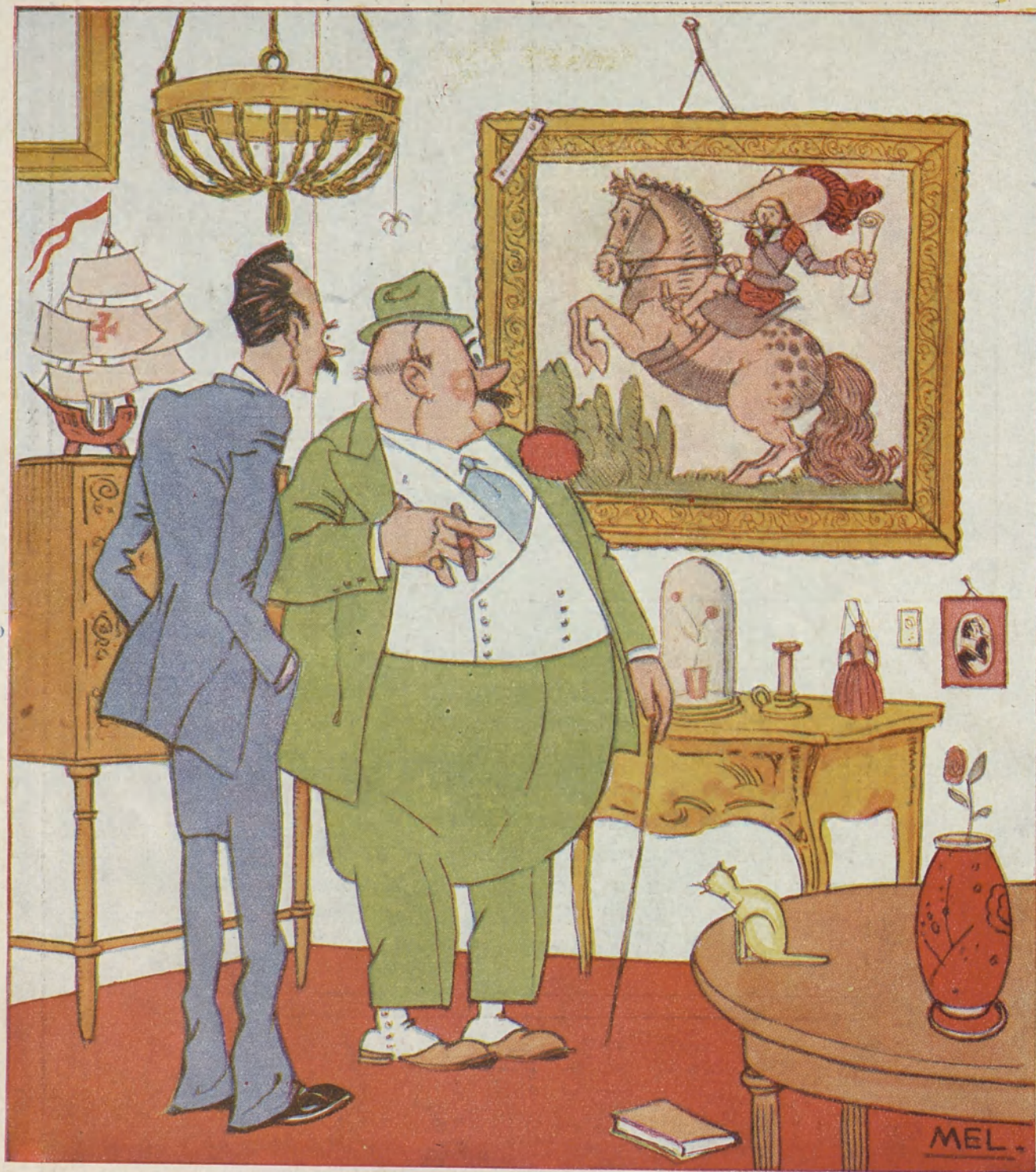
LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



- Le aseguro que es una ganga. El lienzo es del siglo XVII, francés.
—Y el marco, ¿es también francés?
—No, señor; el marco es alemán.

Dib. MEL.—Madrid.